

---

# Los planos como afecciones del alma. México, Ciudad y representaciones

**Luis Ignacio Sáinz**  
**Jorge González Aragón**

Los planos como afecciones del alma, de la conciencia primero de un dibujante creador, para luego extenderse a una comunidad de fieles y devotos. Son cicatrices de las batallas por humanizar plenamente al mundo, por hacerlo propiamente posible, sustancia táctil de lo que alguna vez fueron los sueños. De allí la necesidad de domeñar el imaginario desde su modulación icónica, su mímesis delineada a partir de coordenadas vinculadas a la altitud, la longitud, la latitud. “el sueño del orden”, como dirían algunos ingenuos.

Valdría la pena subrayar que la importancia y trascendencia de los planos rebasa su apego y equivalencia con eso que denominamos la realidad de lo existente. La objetividad no constituye su rasero de verdad o el fundamento de su lugar de prelación o ubicación jerárquica. Lejos de ella, aun los mapas más delirantes en su fidelidad a lo representado pueden guardar un fuste considerable por los intereses que simbolizan y hasta ocultan. Revelan caudales de información, encarnan sumarios de datos, transmiten prejuicios y tendencias de lo social ordenado. Urden y traman una estructura lógica a descifrar; y como si fueran alhajeros o alcancías, atesoran secretos y valores, siendo auténticas haciendas.

Todavía el franciscano enciclopédico Paulinus Minorita (ca. 1270/74-1344), también conocido como Paulinus Venetus, en su *Chronologia magna* advertía que con lo imperiosos que son i mapamundi para comprender la creación, sólo devienen útiles si concilian “pintura y escrito” (requiritur autem mapa duplex, pictura et scriptura). Nos desliza, como si tal cosa, sus sospechas de que estos modos de entender y quizá explicar no bastan por sí mismos, requieren su fusión: que la palabra apoye la imagen, que las vistas resuelvan los textos.

Mapas narrativos al pie de la letra, y podría agregarse al pie de la imagen, donde la ilusión como compás y la imaginación como sextante tejen visiones del planeta, y en esta constelación de la Ciudad de México, de su morfología y su taxonomía, sus inquilinos, sus componentes, sus percances y sus vicisitudes. Por tan acendrada pluralidad de hechos y supuestos, los planos rebasan la idea misma de ser levantamientos, censos y bitácoras; hunden la razón de su existencia en las necesidades de quienes los fabrican y, sobre todo, de sus destinatarios. Sin embargo, antes de detenernos en los que dan cuenta de la génesis y decurso de la mítica Tenochtitlan y su mudo espejo de Tlatelolco –por cierto, más antiguo–, a lo largo de más de ocho siglos de tejer y destejer la madeja y hebra de su cuerpo urbano y su contexto, no está por demás evocar algunas de las complejidades del encuentro entre dos mundos y su ansia de expresión.

Los antiguos mexicanos transmitían sus conocimientos por tradición oral, las pláticas y consejos de los viejos a los jóvenes (huehuetlahtolli: “los dichos de los antiguos”) que fueran rescatadas del olvido en el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco por fray Andrés de Olmos en el libro del mismo nombre, y también por fray Bernardino de Sahagún en el libro VI del Códice Florentino. De cualquier modo, se trata de versiones tamizadas por la mirada de los religiosos protagonistas de la conquista espiritual, sin que ello signifique que se ajusten a la intuición de mundo de los indígenas. Pero si al reto acústico le añadimos el del espacio, se disparan los avatares de la representación y de su lectura. El proceso intercivilizatorio

de indios y peninsulares ocurrirá en el exiguo trecho que va del canto al dibujo. Y justo aquí es donde surge la geografía con sus manifestaciones cartográficas y planimétricas, en calidad de visualizaciones de hecho intraducibles.

Empero, a las dificultades de las diferencias idiomáticas entre los pobladores originales y los invasores habría que subrayar una estructural: los representantes del mundo mediterráneo en su versión hispánica contaban con una escritura, y a estas alturas incluso con la Gramática castellana de Antonio de Nebrija (1492), mientras que los residentes del Anáhuac y tierras cercanas recurrían a una pictografía, peculiaridad que hacía de sus escribas, artistas; y quien registraba los acontecimientos antes de la colisión de dos civilizaciones excluyentes, desde los más nimios hasta las genealogías del poder, pasando por los censos de bienes y obligaciones (v. gr., la Matrícula de Tributos), se conocía como tlacuilo, "el que escribe pintando o el que pinta escribiendo". La suma, entonces, de ideogramas y jeroglíficos tiende a identificarse con emblemas, esas formas del conocimiento aforístico que serían tan apreciadas en el renacimiento y el barroco europeos, que conciliaban una imagen enigmática y misteriosa acompañada por una frase o moraleja en su base destinada a descifrar los arcanos del símbolo, las más de las veces de carácter moral.

Para nosotros sus legatarios deviene imposible reconstruir, así sea mínimamente, el sentido, el ritmo y la organización de los signos de sus lenguas, pues no contamos con suficientes evidencias de documentos o manuscritos que nos permitan una aproximación objetiva, con caudal suficiente, para establecer las correspondencias entre sonidos y caligrafías, o sistemas vicarios de expresión y significado, tarea casi inédita que inició Joaquín Galarza con su teoría sobre la escritura azteca-náhuatl. La barbarie e ignorancia, amén del temor, de los monjes, los imbuyeron a emprender una suerte de auto de fe con los textos sagrados o profanos de los aborígenes. Así las cosas, fray Diego de Landa destruyó en Maní por lo menos veintisiete códices mayas; mientras que fray Juan de Zumárraga ordenó la destrucción de hatos enteros de escritos de la autoría de los naturales en Texcoco. Semejante infamia impide restaurar de memoria la memoria y adentrarnos en los senderos y las peregrinaciones de nuestros antepasados. Tragedia tan profunda explica la necesidad de conservar la ilusión de esos saberes lejanos mediante el empeño reconstitutivo de su alcance y sus efectos. Patrimonio visual, documental, histórico y filosófico de una cultura objeto de genocidio, prácticamente extinta en esos sus remotos y deslumbrantes haceres, representar y predicar a la tierra y sus moradores que llega a nuestros días de trasmano, escondiéndose en las visualizaciones que, de ellos y sus prácticas, en el territorio, hicieran los recién llegados y su proge ya asentada en esta cuenca desfalleciente.

Ahora sí, pasemos a degustar algunas de las viandas de esta mínima mapoteca que se ofrece única y exclusivamente para saborear el esplendor de una metrópolis que cambia de rostro sin fatigarse, para sobrevivir y cobijarnos lo mejor que puede.

La idea misma de la fundación de la urbe en 1325, si bien de mano indígena a solicitud de los conquistadores, se presenta quizá inauguralmente en el folio 2 recto de 71 del Códice Mendocino (1535-1550, periodo en que fungió como primer virrey de la Nueva España Antonio de Mendoza, su solicitante; se considera 1542 como el año de su manufactura) original atesorado desde 1659 en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, Reino Unido, siendo quizá el más completo de los documentos mesoamericanos, deteniéndose en las conquistas imperiales, anotándolas con fechas y mandatos por hueytlatoani, desde Acamapichtli hasta Moctezuma Xocoyotzin, los tributos de las provincias y una agenda o dietario de la vida cotidiana. Suma de pictoglíficos pintados en papel de algodón, en formato de biombo y encuadrados a la española. A la bellísima iconografía se agregan o yuxtaponen las glosas al castellano, fuente riquísima para la comprensión de la época, y en particular de los códex, a partir de comentarios de sabios indígenas, tlamatinime, los cuales anteceden o son consecutivos de los folios ilustrados. Las altas culturas mesoamericanas conferían enorme importancia a los manuscritos de sus escribas y los salvaguardaban en repositorios ad hoc, denominados "casa del libro": amoxtli calli o amoxcalli (biblioteca).

La lámina despliega en la parte central el águila sobre un nopal, sin serpiente bíblica y ausente el atl-tlachinolli, su núcleo cósmico: el agua que arde o los ríos de fuego, la sangre y la guerra sagrada. Una x distribuye el espacio histórico-simbólico, integrada por canales azul turquesa, donde se dispone una serie de señores (pipiltin, nobles) con sus nombres dibujados a la costumbre indígena, escena enmarcada en una secuencia de cuadros del mismo color, con los signos calendáricos de los años. En la parte baja, suerte de predella, se contempla el enfrentamiento bélico entre Culhuacán y Tenayuca.

La Cámara de Códices del Museo Nacional de Antropología (Ciudad de México) resguarda, quizá como su joya más preciada, el mal llamado Plano en papel maguey que, en verdad, tiene por soporte un pliego aglomerado de amate. De origen azteca-náhuatl, este gigantesco documento de 238 x 168 cm se detiene en un sinfín de tópicos: elenco de gobernantes mexicas y sus etapas de gobierno; conversatorio entre líderes y principales; elenco de guerras y un pormenorizado catastro que define con precisión el territorio, la trama y la estructura citadina, las unidades habitacionales y el registro de los propietarios de las parcelas, la ubicación de templos y recintos en número de cuatro, consignando su "orientación" o disposición cardinal entre una miscelánea inagotable de asuntos que agotan el ámbito de su atención, el sector localizado rumbo al norte de Tenochtitlan, el actual zócalo de la Ciudad de México, al oriente de Tlatelolco.

Tan notable levantamiento topográfico muestra y demuestra lo obvio: cuán peculiar es el patrón edificio azteca frente a sus contemporáneos europeos. Así, el registro refiere el entorno natural, constructivo y cultural, y pareciera que comenzó a pintarse-escribirse antes del arribo del contingente ibérico, aunque su término se extiende hacia mediados del siglo XVI. Destaca que, si bien el asentamiento se adecua al sitio definiendo su partido arquitectónico, presenta una traza ortogonal homogénea sólo interrumpida por la infraestructura hidráulica, canales principales y diques, dedicados al aprovechamiento y control de las aguas, sus niveles diferenciales y condición (salada o dulce). Evidencia, por si fuera poco, que la unidad habitacional incluía el solar de asiento, la chinampería agrícola, es decir, las porciones de terreno ancladas al lecho del lago, que solían considerar un grupo de siete unidades productivas con irrigación. Asimismo, identifica los caminos terrestres y acuáticos que arman una auténtica retícula de desplazamiento de personas, bestias y bienes, organizada en prelación por aquellos de carácter interurbanos que comunican el islote con tierra firme, los principales, los secundarios, hasta los de alcance vecinal.

A la perfección del partido constructivo de la sede del poder azteca se suma el imaginario favorecedor de la "ciudad ideal" (Idealstadt), fantasía y evocación que perdurarán mucho tiempo después de que Tenochtitlan fuera arrasada, primero por el asedio español, y después por el reordenamiento de los vencedores y la relectura de Alonso García Bravo. El Mapa Temixtitlan o Mapa de Cortés, anónimo de Nüremberg, está datado en 1524, y es una estampa xilográfica, monocroma y en algunos casos coloreada a mano, de 31 x 46.5 cm, impresa por Fridericum Peypus Arthemsius. Forma parte de la edición latina de la Segunda Carta de Relación de Hernán Cortés, fechada el 10 de octubre de 1520 en Segura de la Frontera (Tepeaca, Puebla), traducida desde el español por Pietro Savorgnano da Forli, secretario del obispo de Viena Juan Revelles, si bien la suma planimétrica no recibe mención alguna en el texto. En realidad se trata de un par de documentos independientes, ejemplos de dos sistemas de proyección cartográfica: mapa panorámico en perspectiva y plano euclidiano, ambos de estilo europeo —primerizos— sobre México, que en conjunto forman un "ojo de pez" celebratorio de las glorias del señorío azteca y su capital. Debe notarse que la parte que describe al golfo está dispuesta al sur y que la vista casi aérea de la polis nahua está girada, para leerse adecuadamente demandan una corrección de 180° para la ilustración costera, mientras el corazón mexicana de 90° a la izquierda, para transitar del oeste al norte. Esta cartografía heredaría la leyenda del "mapa indígena perdido", y su existencia dejará de estar en tela de juicio gracias a que, de pasada y sin concederle importancia, en la Tercera Carta de Relación (15 de mayo de 1522, Coyoacán), el conquistador extremeño la menciona al narrar su arribo a Tenochtitlan

proveniente de Iztapalapa, haciendo alusión a dicha representación: "Y antes, casi dos tercios de legua, abrían una calzada como presa que está entre la laguna dulce y la salada, según que por la figura de la cibdad de Temixtitán que yo envié a Vuestra Majestad se podrá haber visto", confirmándose así, en la precariedad de la escritura cortesana, la existencia del famosísimo y fantasmal mapa-plano. La urbe se transforma en un altar cristiano: sus templos son coronados por cruces, los edificios se medievalizan y adquieren un toque amezquitado, e incluso las barcazas que aparecen en los lagos anclan su origen en el Danubio, al que suelen recorrer con el nombre de zillen. Para no abundar, tan sólo se subraya que, a partir de su aparición, libros, tratados, atlas e islarios, lo mismo Benedetto Bordone (1528) que Thomasso Porcacchi Castilione (1572), entre muchos otros, insistirán en citarla icónicamente y lo harán siempre desde el prototipo devenido arquetipo: el levantamiento topográfico y la gestualidad geográfica carente de firma, aunque eso sí, emparentada con Venecia por su entorno lacustre. Por obra y merced de la imaginación occidental, Mexico-Tenochtitlan se levantará victoriosa en la derrota durante, al menos, un par de siglos, mientras avanzaba su destrucción sin prisa, pero sin tregua.

"Presentar el objeto ante los ojos", como quería Hermógenes, eso devienen los planos y los mapas, tan abocados a un género retórico caído en el olvido, la écfrasis o representación verbal de un objeto plástico. Por eso el alud de cronistas y comentaristas, tratadistas y cancilleres, hurgan en sus deseos más ocultos, en la fortificación de sus intereses más inconfesables, en busca de una versión de los acontecimientos y las circunstancias en que ocurren que les confieran mérito y reconocimiento. Buena parte de tan dilatado empeño intelectual se desarrolla "de oídas", pues hasta los más eminentes de los humanistas tejerían sus obras en la distancia. Ningún ejemplo mejor que Pedro Mártir de Anglería, quien formase parte del Real Consejo de Indias hasta su muerte y que, incluso, detentara en ausencia el obispado de Jamaica, la fallida isla de Santiago.

El Nuevo Mundo que alterase las conciencias en aras de una renovación salvífica terminará ajustándose a los requerimientos hegemónicos. Así, Mexico-Tenochtitlan también se ceñirá a los criterios territoriales dominantes. Ya el Plano de la Plaza de la Ciudad de México y de los edificios y calles a ella cercanos (42 x 56 cm, 1596, Archivo General de Indias, Sevilla) exhibe cambios radicales, una ruptura con el pasado y la postulación en cantería de una reorganización del espacio público. Las fachadas emergentes subsumen los antiguos palacios y recintos, los reducen a la calidad de mamposterías y cimentaciones, dada la inviabilidad de pulverizar lapidaria tan rotunda. Como botón de muestra, los aposentos del Marquesado del Valle sustituyen a las Casas Viejas de Axayácatl; empero, el tiempo le cobra su osadía a los descendientes de quien pasara por Salamanca, pero no obtuviese el derecho de portar toga, encasquetarse el birrete, adosarle alguna borla, y nunca se enfundase la muceta, pues tampoco ellos mantendrán intacto semejante dispendio construido. Trozos, gajos y monolitos de la grandeza indígena se transforman en cadáveres de lujo. Tres cuartos de siglo después de finiquitada la conquista, apagadas las ascuas y regadas las cenizas de tan horroroso cerco, nada va quedando de quienes emigraran de Aztlán.

Este levantamiento rebasaba la intención de brindar un corte actualizado del avance de las edificaciones en el primer cuadro: "Real Palacio, Casa Arzobispal, Catedral en construcción", según consta en el expediente; lejos de la neutralidad de un informe, obsequia una especie de dictamen técnico que presentó en su oportunidad don Francisco Guerrero, vecino y regidor del Cabildo de la Ciudad de México, "con un memorial reclamando contra la construcción de casillas o barracones que se proyectaba edificar en dicha Plaza". Quizá se trate de la primera querrela en materia de uso de suelo, sobresaliendo la argucia de recurrir a un geómetra para fundamentar su inconformidad mediante un dibujo hecho a tinta. Nuestro personaje cumplía el servicio de lo que a la usanza de la época se bautizaba como "oficio vendible", que ejerció hasta su fallecimiento en 1607, cuando lo "adquiere" Juan de Carbajal en 11 000 pesos.

Unas cuantas décadas más tarde, ya en el siglo XVII, Juan Gómez de Trasmonte nos deleitará con su Forma y levantado de la Ciudad de México (62 x 55 cm, 1628, Cromolitografía por Alessandro Ruffoni, Florencia, 1907, Museo Nacional de Historia, Ciudad de México), más que un mapa un paisaje, género propuesto y concebido por Albrecht Dürer apenas una centuria antes. A vuol d'ucel, como Jacopo de Barbari y su vista de Venecia de 1500, auténtico parto de los montes que exigió tomar apuntes y bocetos desde las 103 torres de sus iglesias para fundar el "paisaje urbano", el autor nos prodiga su idílica versión del espacio donde la naturaleza y el urbanismo pierden sus fronteras, con sospechosos parecidos con diques y albarradones holandeses reproducidos por Johannes Blaeu hacia 1652. En este sentido, este mapa, con mucho, ofrece y materializa nuestra percepción del territorio. Se trata de una copia de un original en acuarela que forma parte del llamado Atlas Blaeu-Van der Hem, en la Biblioteca Nacional de Viena.

Paradoja de paradojas, tan celebrada litografía sería un encargo tardío de Francisco del Paso y Troncoso, descubridor de la pieza original en una colección privada de Bélgica, a partir de levantamientos del ingeniero holandés Adrian de Boot, quien fracasase con Enrico Martínez en las obras malhadadas del desagüe de la capital y que además realizase panorámicas de los puertos de Acapulco y Veracruz hacia 1618-1620, también cromolitografiadas por A. Ruffoni a principios del siglo XX y que fueran puestas a la venta en el Museo Nacional en 1921, junto con el plano del arquitecto manierista español involucrado en las obras de las catedrales de México y Puebla. Por si el laberinto de equívocos no fuese suficiente, otro cartógrafo holandés, Johannes Vinckboons, copió ad libitum los trabajos de Gómez de Trasmonte y Boot, cuyas reproducciones se conservan en la Biblioteca Laurenziana de Florencia, de modo tal que encaramos un "enredo" clásico.

Semejante antigüedad retocada comparte en su ingenuidad un belvedere de bienestar, enlistando los monumentos emblemáticos de una urbe en expansión que pareciera ya autodesignarse "la Ciudad de los Palacios". Catálogo de templos, conventos, las casas del zócalo y desde entonces la Alameda, amén del sistema vial, la parcelación en manzanas y la infraestructura hidráulica. Conglomerado de poder y devoción protegido por los lagos de Zumpango, Xochimilco, Chalco, Xaltocan y Texcoco y las sierras Nevada, Santa Catarina, Guadalupe, de las Cruces y Ajusco-Chichinauhtzin, de lo que alguna vez fuera una joya de nuestro altiplano. La devastación ecológica sólo ha dejado una huella de su majestuoso pasado: la bella postal de Juan Gómez de Trasmonte.

Para nuestra sorpresa, durante la segunda mitad del siglo XVIII la metrópolis novohispana se resiste a rechazar la savia de su anterior grandeza, todavía sobreviven comunidades de los pueblos originales en ciertos barrios y escondrijos urbanos. Así lo testimonia el Plano del curato de indios de San José en la Ciudad de México, dispuesto por orden de fray Antonio de Lorenzana y Buytrón (40 x 50 cm, 1768, Archivo General de Indias, Sevilla). Atribuido a José Antonio de Alzate, sabio entre los sabios; de hecho, polímata: filósofo, teólogo, sacerdote, astrónomo, cartógrafo, geógrafo, historiador, naturalista, botánico y periodista mexicano.

El comisionista del levantamiento fue un notable clérigo que ostentase la dignidad arzobispal en México y posteriormente en Toledo, elevado a la dignidad cardenalicia, e inmortalizado en el pincel de Miguel Cabrera en un par de retratos (colección del Banco Nacional de México, 1765; Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán, 1766) y como dato curioso, admirado por Gaspar Melchor de Jovellanos. Promotor y supervisor del admirable y poco conocido Atlas del Arzobispado de México, realizado en 1767 y custodiado por la Biblioteca de Castilla-La Mancha. Su afición por el conocimiento experimental, los saberes aplicados y las ciencias naturales, ausentes casi por completo en las universidades españolas de su tiempo, bullen en los intersticios de este complejo mapa, colmado de información sustantiva.

En este como en otros casos, el plano responde a una necesidad práctica, relativa al gobierno de los cre-

yentes, divididos entre españoles y naturales por parroquias específicas de atención, jurisdiccionales. La propia ficha técnica del repositorio andaluz así lo indica: "Fue elaborado por orden del arzobispo fray Francisco Antonio de Lorenzana en cumplimiento de la Cédula, de 16 de agosto de 1768, sobre la secularización de los curatos a cargo de las órdenes religiosas y establecimiento de una nueva demarcación de parroquias. El objetivo era asignarles un territorio fijo, cambiando así el criterio que se mantenía desde el siglo XVI que era étnico y no territorial. La secularización del curato de indios de San José [continuación de la política real iniciada en Puebla por Juan de Palafox y Mendoza en 1640 para la mejor administración financiera] era problemática, pues comprendía una gran parte de la ciudad y atravesaba por el distrito de otras parroquias de españoles, llegando su demarcación a pueblos de las cercanías". El plano tiene una descripción detallada de la traza urbana y la geografía en las que destacan los edificios emblemáticos de la Catedral y la Alameda, lagunas y represas, albarradones y calzadas-dique que unen una parte del islote con la tierra firme al sur de la isla de la Ciudad de México.

El siglo XIX y su fervor industrial permitieron a los mexicanos de entonces desafiar la gravedad. Entre ellos, Casimiro Castro y Campillo, por la perfección de sus litografías, casi tomaría instantáneas sobrevolando la ciudad en un globo aerostático. Discípulo de Pietro Gualdi y Claudio Linati, este último introductor de la técnica junto con Gaspar Franchini, beneficiarios del patrocinio del amo de la escena mexicana Manuel Eduardo de Gorostiza, mostraría afición y competencia en el dibujo en piedra y su ulterior estampación; con la ventaja de que su suegro, el impresor francés José Antonio Decaen, destacaba justo en ese arte gráfico y a quien se debe la gran colección de México y sus alrededores, colección de monumentos, trajes y paisajes (1855-1856), que incluye treinta piezas de Castro, sobresaliendo la Ciudad de México tomada en Globo.

El de 1855 es el año en que difunde su Vista panorámica de la Ciudad de México desde un globo (55 x 82 cm, 1855, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Ciudad de México), que nos permite observar la mancha urbana en cartabón, aunque se trata de una imagen retrabajada alrededor de 1864, pues se atisba el trazo de lo que sería el Paseo de la Emperatriz, ordenado por Maximiliano de Habsburgo al ingeniero austriaco Ferdinand Von Rosenzweig. Este ejemplo manifiesta el problema de la datación histórica y de cómo los documentos son objeto de sistemática revisión y acaso alteración por sus mismos creadores, cuando no por terceros interesados. La perspectiva nos convida puntos de referencia hoy desaparecidos, como el famoso Coliseo, ubicado en la esquina de lo que ahora son los paseos de la Reforma y Bucareli y la avenida Juárez, trasnochada arquitectura que albergaba corridas de toros y miraba de frente a la estatua ecuestre de Carlos IV de Manuel Tolsá, localizada allí desde 1852, llamada popularmente "El Caballito", que inmortaliza al equino Tambor, de los establos del marqués de Jaral y Berrio, ese que habitaba el conocido como Palacio de Iturbide, joya barroca de Francisco Antonio Guerrero y Torres, inaugurada un 9 de diciembre de 1803, rozagante con sus 26 toneladas de bronce.

El crecimiento de la ocupación geográfica alentarán la explosión de la urbe en un sistema de asentamientos con pretensiones de desarrollo autárquico, así los barrios y después las municipalidades, hoy las jurisdicciones delegacionales. Cada rumbo cardinal pretende o intenta resolver sus necesidades, desatendiendo lo simbólico del centro articulador, por sus propias modalidades de representación social y signica. La intervención en el espacio público y el patrimonio colectivo de una ciudad como la de México trasciende, con mucho, el intervencionismo gubernamental, requiriéndose de manera expansiva del concurso privado que suele asociarse a la especulación, la ignorancia y la destrucción. Pero nada de ello es suficiente si la percepción de las comunidades no le confiere un valor trascendente a esos espacios, trazas y monumentos relevantes; amén de fundar algo de su propia razón de ser, la de los colectivos, en tales imaginerías del espíritu creativo del pasado.

Durante casi ocho siglos hemos sido persistentes en demoler una trama habitada en un contexto excepcional, lacustre. Lo hemos hecho con singular poder destructivo: por disputas entre grupos étnicos

indígenas antes del arribo ibérico; por la dinámica de nuevos asentamientos y expulsión demográfica durante los trescientos años de régimen colonial, entre las comunidades originarias, los criollos y ese universo infinito de combinaciones raciales y culturales del mestizaje; y lo continuamos asumiendo, la ordalía y el sacrificio del patrimonio, sus señas de identidad, abiertas y plurales, y los sujetos colectivos que las reivindican, desde el triunfo de la revolución de independencia hasta nuestros atribulados días. La representación del territorio así lo indica. La urbanización se impone a las reservas naturales. Desde 1521 el agua concentró la animadversión de los habitantes de la Ciudad de México, paulatinamente fue desapareciendo de la realidad del asentamiento y, por lo tanto, de su espejo cartográfico. Al paso de las décadas y los siglos presenciamos el triunfo del gigantismo que imposibilita visualizar una idea de urbe. En consecuencia, la ciudad deja de ser observable, y termina suplantada por los perfiles de proyecciones planimétricas que se agotan en el esfuerzo de indicar demarcaciones, superficies y una red intrincada de múltiples servicios; queda suplantada por su personalidad jurídica, el Distrito Federal.

El Plano del Distrito Federal hecho por la Oficina del Catastro en 1929 (135 x 104 cm, Archivo Histórico del Distrito Federal, ahora Ciudad de México) y otros del estilo, marcan un punto de inflexión: la materialidad del paisaje y las modalidades en que resultaba intervenido desaparecen, dando lugar a acopios de datos de naturaleza abstracta, bitácoras compulsivas carentes de rostro. Los habitantes como fantasmas.

Nada importa, la realidad no nos amedrenta y seguimos desafiándola, así en el centro como en la periferia. El debate pareciera centrarse en el uso del suelo, que conquista el palmarés de la especulación inmobiliaria, cuando debería centrarse en las posibilidades que ofrece el subsuelo, reconociendo el protagonismo del mayor desafío urbano de la Ciudad de México y acaso del país en su conjunto: el agua y el tropel de tópicos que le son propios, su captación para recuperar algo de la mancha lacustre y su reinyección en los mantos freáticos, su acopio, distribución y potabilización, amén del problema mayúsculo del drenaje, desde los albañales hasta su canalización profunda y su inexistente tratamiento y recuperación. Y nunca estará por demás repetirlo: el agua tiene memoria y a su paso deja huellas difíciles de olvidar, y, al igual que Moctezuma Xocoyotzin con Hernán Cortés, de nada valdrá el sartal de caracoles colorados, que los antiguos mexicanos tenían en mucho, para disuadir al invasor en ese ayer lejano o eliminar por arte de magia los retos y lances que nos plantea un subsuelo obsesionado con el agua y su ausencia en este ahora demasiado cercano.

Pues sí, los planos como afecciones del alma...